

Catalina Wainerman

¿Reproducción o cambio intergeneracional en las prácticas domésticas cotidianas? Acerca de la validez de la información de "Protagonistas" y "Cronistas"

Revista Argentina de Sociología, vol. 3, núm. 5, noviembre-diciembre, 2005, pp. 11-37,
Consejo de Profesionales en Sociología
Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26930501>

*Revista Argentina
de Sociología*

Revista Argentina de Sociología,
ISSN (Versión impresa): 1667-9261
revistadesociologia@yahoo.com.ar
Consejo de Profesionales en Sociología
Argentina

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Reproducción o cambio intergeneracional en las prácticas domésticas cotidianas?

Acerca de la validez de la información de
“Protagonistas” y “Cronistas”¹

Catalina Wainerman
Universidad de San Andrés
Centro de Estudios de población

Abstract

El presente artículo es un producto parcial de la investigación “Reestructuración económica y dinámica familiar: explorando las transformaciones en la conyugalidad y la paternidad” una de cuyas preguntas es si la equidad en la división del trabajo doméstico entre cónyuges –en términos de cuánto de cada una de una serie de tareas realizan hoy la una y el otro (lavar, planchar, cocinar, dar de comer a los hijos, bañarlos, etc.)– ha crecido intergeneracionalmente con el aumento acelerado de la participación femenina en el mercado laboral y el consiguiente aumento de los hogares de dos proveedores ocurrido desde los '80.

Dada la inexistencia de datos anteriores, abordamos el estudio desde una estrategia combinada. Indagamos la situación en los hogares actuales y en los del pasado mediante entrevistas: 1) con mujeres de la generación actual que (como “protagonistas”) nos informaron sobre sus hogares de hoy, y (como “cronistas”) sobre sus hogares de origen; y 2) con mujeres de la generación anterior que (como “protagonistas”) nos informaron sobre los hogares que formaron en los '70/'80. Cinco conjuntos de datos de hogares apareados estadísticamente nos permitieron evaluar la validez de la información sobre el pasado proveniente de “cronistas” y de “protagonistas”.

Palabras clave: familia, trabajo, género, equidad, validez

1. Versión revisada de la ponencia presentada en las VIII Jornadas de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina (AEPA), Tandil (Buenos Aires), 12-14 de Octubre de 2005. Es resultado de un estudio auspiciado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica (Proyecto N°4-6228), y por el CONICET (Proyecto PIP N 0104/98), realizados con sede en el Centro de Estudios de Población (CENEP).

This is a partial result of the research project “Economic re-structuring and family dynamics: exploring the transformations in parenthood and conjugality”. One of its major questions is whether equity in the division of labor between spouses has increased with the accelerated increase in female economic participation since the 80’s. Household tasks refers to housecleaning, laundry, ironing, cooking, changing diapers, bottle-feeding, taking children to bed or to school, etc.

The absence of data from the past led us to using a mixed strategy. On the one hand, we interviewed 200 present and 200 past nuclear households through 1) women of today generation acting as informants of their current households (“protagonists”) and of their households of origin (“chroniclers”); and 2) women of the past generation acting as informants of the households they formed by the 70’s and 80’s (“protagonists”). Five sets of household data statistically matched allowed us to test the validity of the information on the past from both generation sources.

Key words: family/work/gender/equity/validity

1. Introducción

A fines de los ’60, Joaquín Lavado, por todos conocido como Quino, introdujo a través de Mafalda algunas de las observaciones más agudas acerca de las transformaciones en los valores e ideales que estaban teniendo lugar entre las mujeres y las familias en la sociedad argentina, en especial en los hogares de la clase media.

Susanita encarnaba el modelo vigente por décadas: la mujer cuyo máximo anhelo era casarse con un ejecutivo de una empresa importante, comprar una casa grande, un “chalecito” en las afueras, un auto, joyas, tener muchos hijitos y, más adelante, muchos nietitos. Clamaba: “¡Hijitos, es todo lo que pido!”² “¡Yo voy a ser un ama de casa y voy a apechugar con las tareas domésticas! ¡Voy a ser mujer! ¡Y no una de esas ‘afeminadas’ [sic] que trabajan en cosas de hombres!”³.

Mafalda, en las antípodas, denunciaba el modelo que se iba, predicando sin pausa por el derecho a la realización personal y contra el papel doméstico tradicional de las mujeres por embrutecedor y rutinario. Soñaba que su madre (quien había abandonado sus estudios universitarios al casarse para convertirse en el prototipo del ama de casa de tiempo completo), había terminado una carrera universitaria, pero al despertarse, viéndola lavar y planchar, le

2. *Mafalda* 5, 1969.

3. *Mafalda*, 7, 1971.

preguntaría: “Mamá, ¿qué te gustaría ser si vivieras?”⁴. Por las mismas razones, en conmemoración del día de la madre su arenga habría de ser: “¡¡Aprovecho el día de la madre para saludar a todas las mamás!! ... y para recordarles a algunas sacrificadas que fregar, planchar, cocinar y todo eso... no quiere decir fregarse la vida, plancharse las inquietudes, freírse la personalidad y todo eso, ¿saben?”⁵.

Un tercer personaje, Libertad, proclamaba el modelo que venía. Mientras Susanita y Mafalda vivían en hogares constituidos según el modelo del proveedor único (el padre), ella -Libertad- integraba uno de dos proveedores en el que ambos progenitores “salían a trabajar”, la madre como traductora de francés y el padre, al igual que el de Susanita y el de Mafalda, como empleado. Libertad proclamaba: “No importa si un trabajo no da mucho dinero [con referencia a las traducciones de la madre], lo importante es hacer lo que a uno le gusta”⁶.

Lo que se avizoraba a fines de los '60 se agudizó en las décadas siguientes. Desde comienzos de los años '80 la crisis que se instaló en la Argentina ha tenido y sigue teniendo profundas consecuencias sobre la familia y los modos de vida de sus miembros. La inseguridad económica, la flexibilización de las contrataciones y los despidos, la caída de las remuneraciones, de los beneficios sociales, el abandono de la red de contención del Estado, forman parte de las amenazas que alcanzan hoy a muchísimas familias de distintos sectores sociales.

Mientras la desocupación ha llegado a niveles no igualados antes en la historia del país, atacando ahora de modo despiadado no sólo a los varones jóvenes sino especialmente a los jefes de hogar, un número creciente de mujeres casadas y unidas, madres y cónyuges de edades medias, han salido a trabajar para aportar ingresos a los deteriorados presupuestos familiares. En distintos sectores sociales las mujeres buscan incorporarse masivamente a la actividad remunerada y se las ve recorrer trayectorias laborales cada vez más duraderas y menos interrumpidas por circunstancias familiares, de modo semejante a las de sus cónyuges. Esta nueva situación es sin duda revolucionaria y trastoca la definición de las identidades de género y de las prácticas cotidianas que habían dominado hasta los años '60.

Estas transformaciones mayores plantean un nuevo interrogante. Mientras el mundo público y privado estuvieron organizados en función de una estricta

4. *Mafalda*, 5, 1969.

5. *Mafalda* 7, 1971.

6. *Mafalda*, 7, 1971.

segregación genérica, estaba claro para la mayoría que mujeres y varones eran “naturalmente” distintos y, en base a esas diferencias, la sociedad les acordaba roles específicos. El problema de la equidad sólo comenzó a plantearse cuando las mujeres empezaron a asumir masivamente puestos de trabajo fuera del hogar. Ahora sí hay razones para reclamar un análisis sobre la equidad o inequidad de las parejas no sólo en lo que respecta a la vida puertas afuera sino también dentro del hogar. Y también a preguntar más puntualmente: ¿hasta qué punto la expansión de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo ha sido acompañada por una equivalente de parte de los varones en las tareas del hogar y la crianza de los hijos? Dicho en los términos de Hochschild (1989), ¿en qué medida la revolución ocurrida en el mundo público ha quedado estancada en el mundo privado por la persistencia de comportamientos segregados en la organización cotidiana del hogar? ¿Las mujeres se han aliviado de las tareas domésticas y maternas que asumían cuando se dedicaban exclusivamente a la casa y los hijos? Las parejas de hoy, ¿comparten adentro del hogar tanto como comparten afuera? ¿Ocurre lo mismo en diversos sectores sociales? El interrogante, central en nuestra investigación, ya fue abordado en las últimas dos décadas por numerosos estudios en países tan diversos como Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, México, Sudáfrica, Suecia, China o Rusia⁷. La respuesta a que han arribado de manera consensual es que las mujeres siguen dedicando en promedio más horas que sus cónyuges al trabajo doméstico, aun aquéllas que participan del mercado de trabajo a tiempo completo, como ellos⁸.

Una profusa literatura de circulación masiva acerca de la “nueva mujer” y el “nuevo varón”, sin embargo, proclama el advenimiento de una “nueva familia”. Las identidades rígidas de género habrían sido erosionadas para dar paso a definiciones más flexibles y a prácticas más adaptadas a las necesidades y deseos individuales. Los medios de comunicación de mayor circulación en la Argentina se hacen eco de un discurso según el cual un cierto tipo de familia, de mujer y de varón, está desapareciendo dando paso a uno nuevo. El que se pierde en el pasado es “un modelo social sumamente rígido que se impone sin tener en cuenta los deseos individuales; a las personas se las ciñe en roles que no eligieron y se les deja poco margen para optar y para desarrollar su

7. Ver, entre otros, Coltrane (2000), quien revisa más de 200 trabajos académicos sobre el trabajo doméstico publicados entre 1989 y 1999; Dunn (1997); Durán (1988); Hass (1993); Hood (1986); Morris (1990); Ramos Torres (1990); Salles y Tuirán (1997); Szinovacz (1984); Warshovsky (1988); Zhang y Falrey (1995).

8. Por eso Blumberg (1991, pág. 9) dice que “el trabajo doméstico es el aspecto de la vida familiar más resistente a los cambios de las mujeres en la posición económica y en la fuerza de trabajo”.

subjetividad” (Wainerman y Benza, 2002, pág. 79). En oposición, los medios describen un nuevo ideal de mujer, de varón y de familia que instan a sus lectoras a abrazar. Es el de las mujeres que “no se conforman” con los roles domésticos, las trabajadoras, las que desarrollan un sinnúmero de intereses que son enaltecidas conjuntamente con aquellos varones que participan de las tareas del hogar, los padres comprometidos y los que no se avergüenzan de mostrar sus sentimientos. Conscientes de las crecientes exigencias que pesan sobre las parejas, apuestan a propiciar condiciones que faciliten los cambios y enfatizan la necesidad de superar ciertas expectativas y valores tradicionales. Pero, como veremos, una cosa son los discursos y otra los comportamientos.

Indagar si la división del trabajo doméstico entre ambos cónyuges se transformó o no y en cuánto, en la medida en que aumentó la participación femenina en el mercado de trabajo alterando así la división genérica del trabajo extradoméstico, pone en cuestión la tradicional postura que asigna a la sociología el estudio de la familia y los lazos sociales y a la economía el estudio del mundo del trabajo, la generación y distribución de los ingresos. Al tratar ambas esferas, laboral y familiar de modo conjunto y en sus relaciones recíprocas, ya no planteamos las determinaciones de una esfera sobre la otra sino las modalidades de articulación entre las transformaciones en el sistema productivo y las familias. Esta articulación entre ambas esferas, como dice Barrère-Maurisson (1999, pág. 35), se apoya en una lógica que les es común, la de la división del trabajo entre mujeres y varones proveniente del lugar específico que se les atribuye a unas y a otros dentro de ambas estructuras.

Desde el punto de vista de la investigación, la pregunta acerca de si la incorporación del “doble rol” productivo por un número creciente de mujeres está siendo acompañada por la asunción del “doble rol” reproductivo por parte de sus cónyuges en el hogar, se puede “acorralar” desde una mirada histórica y/o desde una actual. En el primer caso se trataría de indagar si la división del trabajo doméstico o reproductivo entre los cónyuges en el nivel del total de los hogares se ha ido tornando más equitativa con el tiempo en la medida en que aumentó el número de hogares en los que ambos cónyuges participan del mercado laboral. En el segundo caso se trataría de indagar en qué medida en un mismo momento, en un corte temporal transversal, la división del trabajo doméstico en el sector de los hogares en los que ambos proveen al presupuesto familiar es más equitativa que en aquéllos en los que sólo uno de los cónyuges –el varón– se hace cargo de la provisión económica mientras la mujer hace lo propio con las tareas de la casa y del cuidado de los hijos. Por supuesto,

también es posible triangular mediante un abordaje doble siempre que existan datos para ello, o para acercarse a ello. Esto es lo que hicimos⁹.

La elección del abordaje longitudinal, que es el más apropiado, plantea un problema metodológico serio: la existencia de datos para el pasado. La Argentina no dispone aun de estudios sistemáticos sobre el tema para la actualidad, mucho menos de series históricas como ya las tienen otros países¹⁰. Por esa razón al enfrentar un estudio de esta naturaleza tuvimos que recurrir a estrategias variadas de modo de aproximarnos (si bien sin pretensiones de suplantarlos) a un verdadero estudio histórico.

Por otro lado, el estudio de la división del trabajo doméstico de por sí, aunque sea en el momento actual, es una tarea técnicamente muy compleja que no puede abordarse sin una reflexión medulosa sobre las consecuencias para la validez del conocimiento de utilizar una u otra de varias estrategias. En la Argentina hay muy poca experiencia de investigación sobre el tema.

Por las razones recién mencionadas, además de responder al objetivo sustantivo, presentaremos aquí una serie de evidencias y reflexiones suscitadas por 1) el estudio del pasado mediante diversas estrategias –un pseudo estudio longitudinal basado en información de “protagonistas” y de “cronistas” (proxy) y un estudio transversal actual basado en la comparación entre conjuntos de hogares de uno y de dos proveedores– y, 2) la medición de la división del trabajo en los hogares¹¹.

9. Somos conscientes de que ambas miradas –longitudinal y transversal– no muestran lo mismo porque no es equivalente como hecho social un hogar de dos proveedores en un momento en que es un modelo contestatario del dominante (el modelo de un solo proveedor) que en otro en que es o está en vías de ser el modelo mayoritario. A pesar de ello, y teniendo en cuenta estas advertencias, es factible y útil utilizar ambos abordajes para enfrentar la pregunta.

10. Los países del Norte cuentan, desde hace décadas, con este tipo de relevamientos. En el caso de Estados Unidos, existe la *National Survey of Families and Households*, cuyo diseño y contenido pueden consultarse en Sweet, Bumpass y Call (1988). En Francia, se releva la *Enquête sur les situations familiales et l'emploi*, INED (1985 y 1994). En España, se lleva a cabo la *Encuesta Sociodemográfica*, INE (1993). Para una síntesis de la información relevada por estas encuestas, puede consultarse: Wainerman y Fischer (1996). La Argentina ha desarrollado en los últimos años dos relevamientos que contienen información más minuciosa sobre hogares y familias. Nos referimos, por un lado, a la *Encuesta de Desarrollo Social* (1997) y a la *Encuesta de Condiciones de Vida* (2001) realizadas por el SIEMPRO para el total de los aglomerados urbanos del país y, por el otro, a una nueva versión de la EPH iniciada en 2003. Dado el carácter reciente de estos últimos relevamientos y la pretensión histórica de nuestro estudio, nos hemos centrado aquí exclusivamente en los datos provistos por la EPH hasta 2001.

11. Los resultados del estudio mayor del que son parte los que se presentan aquí pueden consultarse en Wainerman (2005).

2. La división del trabajo hogareño ayer y hoy

2.1 *El contexto*

Nuestro estudio se circunscribió a los hogares nucleares completos con hijos, y residencia en el Área Metropolitana de Buenos Aires. La elección del tipo de hogares -nucleares completos- obedeció a la conveniencia (para los fines de la investigación) de que no hubiera otros adultos además de los cónyuges que pudieran contribuir a realizar las tareas domésticas. Estos hogares representaban en 2001 prácticamente la mitad (49,2%) de los hogares familiares del área. Con muy pequeñas diferencias esa cifra -alrededor del 50% de todos los hogares de tipo familiar- se mantuvo desde 1980. A partir de 1999 le siguen en popularidad los hogares nucleares completos sin hijos (16,5%) y los nucleares incompletos con hijos, es decir, los monoparentales (12,4% a 12,8%). El total de los hogares de tipo extendido (con o sin hijos y uno o ambos cónyuges) casi no superan el 20%¹².

En una primera aproximación de carácter macro descubrimos vía los datos de la Encuesta Permanente de Hogares que, en lo que va desde 1980 hasta ahora, los hogares de tipo patriarcal en los que el varón es el proveedor económico único han disminuido en casi un tercio (de 74,5% en 1980, a 68,9% en 1985, a 63,2% en 1991, a 58,5% en 1993, a 55,1% en 1995, a 53,7% en 2001) en tanto los hogares de dos proveedores casi se duplicaron concomitantemente (de 25,5% a 46,3% entre ambas fechas), sea bajo la condición de ocupados o desocupados¹³. La revolución es de tal magnitud que estos últimos -hogares de dos proveedores- están disputándoles a los primeros su preeminencia en la sociedad. Y por si fuera poco el cambio, dentro de estos hogares, aquéllos en los que el varón está desocupado y la mujer es la ocupada y, consecuentemente, la jefa económica del hogar, aumentaron en el período 1980-2001 de 0,4% en 1980, a 1,2% en 1985, a 1,6% en 1993, a 3,8% en 1995, a 3,5% en 1997, a 4,0% en 1999, a 6% en 2001, lo que si bien es una magnitud escasa en cifras absolutas, es enorme en porcentajes, casi tanto como lo es el aumento de los hogares en los que el varón está ocupado y la mujer desocupada (que pasaron de 0,7% en 1980 a 5,6% en 2001).

El crecimiento del modelo de dos proveedores se manifestó con tendencias similares, aunque en magnitudes y en momentos históricos algo diferentes, en hogares de distintos sectores socioeconómicos y también en distintas etapas del

12. Datos de la EPH, ondas de octubre.

13. Ver Wainerman (2005), Capítulo 3. Los datos coinciden con los mencionados en la nota al pie 12.

ciclo familiar, indicado por el nivel de educación y por la edad de las madres y de los hijos menores convivientes. La transformación radical a la que aludimos trasciende las fronteras del Area Metropolitana de Buenos Aires. En efecto, hacia el año 2001 no sólo la población de la jurisdicción más moderna, desarrollada y extensa del país mostraba la gran popularidad alcanzada por el modelo de dos proveedores entre las familias nucleares con hijos. Cifras similares a las del AMBA (46,3%) se encontraban en la población urbana que reside en el total de los aglomerados relevados por la Encuesta Permanente de Hogares (47,0%) y también, con pocas variantes, en cada una de las regiones -Noroeste (47,3%), Nordeste (44,8%), Cuyo (43,6%), Pampeana (49,3%), Patagónica (53,8%).

El modelo de “proveedor único” responde a una división claramente segregada entre un esposo/padre que aporta el sustento económico y de una esposa/madre que aporta al mantenimiento del hogar y al cuidado de los hijos. Más que una realidad alcanzable por todos, se trata de un ideal valorado durante décadas por la cultura pero sólo realizable por los sectores de mayor capacidad económica. Un ideal que si bien no podía ser alcanzado por amplios sectores, sobre todo los más carenciados, no dejaba de ser para ellos una aspiración. En este modelo, materializado o ideal, la capacidad de proveer económicamente al hogar se asocia estrechamente con la masculinidad. Los recursos aportados por el esposo constituyen la base sobre la que se asienta una dinámica familiar patriarcal que ve en el hombre a una autoridad inapelable, tanto para los hijos como para la esposa. Este modelo prevaleció en nuestro país hasta hace no más de un par de décadas, y aún continúa vigente (al menos en la mitología) entre algunos sectores de población cada vez más arrinconados por las necesidades económicas y las nuevas apetencias promovidas por el cambio de valores.

2.2 *El diseño*

Para responder al interrogante que nos planteamos acerca de si la expansión de las mujeres en el trabajo extradoméstico se asocia con cambios en la división del trabajo doméstico entre los cónyuges, en 2002 entrevistamos a las cónyuges mujeres de 200 hogares de sectores medios y bajos, nucleares con hijos y residencia en el Area Metropolitana de Buenos Aires, para conocer quién hace cuánto de cada una de un conjunto de actividades domésticas. Mediante un muestreo intencional, incluimos una mitad de hogares de un proveedor y otra mitad de dos proveedores. En otras palabras, el conjunto de los 200 hogares estaba formado por cuatro grupos de 50 hogares cada cual, uno del sector bajo y de un único proveedor, otro del mismo sector pero de dos proveedores,

un tercero del sector medio y un proveedor, y un cuarto del mismo sector medio pero de dos proveedores. Seleccionamos grupos socioeconómicos muy diferenciados, tomando en cuenta niveles extremos de educación formal bajo y alto y niveles ocupacionales también muy diversos (personas que trabajaban en el trueque, como cartoneros, en el servicio doméstico, o como barrenderos, cargadores de verduras, etc., por un lado, y profesionales y técnicos o directores de empresa y otros con cargos administrativos superiores, por el otro lado). Años antes, en 1996, habíamos realizado un estudio exploratorio con el mismo objetivo, pero en ese caso entrevistando a ambos miembros de la pareja conyugal de 35 hogares, también nucleares con hijos, con residencia en el Área Metropolitana de Buenos Aires, exclusivamente de sectores medios con altos niveles de educación formal y del tipo de dos proveedores¹⁴. Lo dicho sirvió para abordar el objetivo desde la perspectiva transversal.

Para abordarlo desde la perspectiva longitudinal y dada la inexistencia de estudios anteriores, recurrimos a dos vías para obtener información sobre el pasado. Por una parte, a las mujeres de los hogares actuales les requerimos información sobre la división del trabajo entre sus progenitores, en sus hogares de origen, cuando ellas tenían alrededor de 11 o 12 años de edad. Se trata de hogares establecidos alrededor de los '70/'80 por mujeres y varones socializados hacia los '50/'60, época del nacimiento de Mafalda. Lo mismo habíamos hecho en el estudio realizado en 1996. El abordaje es "pseudolongitudinal". En este caso nuestras informantes actuaron como "cronistas" de la generación anterior. Por otra parte, en 2003 entrevistamos a un grupo de 42 mujeres de alrededor de 65 a 75 años de edad, elegidas como "clones" de las madres de las informantes actuales en términos de su edad, residencia en el Área Metropolitana de Buenos Aires, número de proveedores en el hogar y sector socioeconómico de pertenencia al momento que sus hijas/os menores tenían alrededor de 11 o 12 años de edad¹⁵. Son mujeres "protagonistas" que experimentaron en carne propia y como actrices principales la realidad hogareña cotidiana dos a tres décadas atrás. En este caso el abordaje es "longitudinal".

14. Los resultados de dicho estudio fueron presentados en una ponencia en el Seminario "Men, Family Formation, and Reproduction", organizado por el Comité de Género y Población de la International Union for the Scientific Study of the Population (IUSSP) que tuvo lugar en Buenos Aires del 13 al 15 de mayo de 1998, y publicados posteriormente en Wainerman (2000), y en Wainerman (comp., 2002).

15. Nuestra intención fue entrevistar a las madres de las entrevistadas actuales pero, a pesar de nuestra insistencia, no logramos el consentimiento de un número suficiente por lo que recurrimos a la estrategia de seleccionar mujeres "clones", controlando un conjunto de características sociodemográficas que las asemejara a las anteriores.

En otras palabras, abordamos el estudio mediante la información de “protagonistas” y de “cronistas”. En total contamos con datos de cinco conjuntos de hogares proporcionados por tres grupos de informantes, las mujeres entrevistadas en 1996 y las entrevistadas en 2002 como protagonistas de la actualidad y como cronistas de sus hogares de crianza; y las mujeres que criaron efectivamente sus familias en los '70/'80 y que entrevistamos en 2003 en tanto protagonistas de entonces.

Para propósitos del análisis pseudo longitudinal utilizamos sólo la información de un subconjunto de los 200 hogares actuales y de otro de los 200 del pasado, elegidos según varios criterios que asegurarían la comparabilidad entre los hogares de ambas generaciones. Requerimos de los hogares del pasado que, al momento que sus hijas tenían 11 a 12 años de edad, fueran nucleares completos, que respondieran al mismo modelo de uno o dos proveedores que los de sus hijas hoy, y que tuvieran la misma inserción socioeconómica que sus hijas, es decir, que no hubiera habido movilidad social intergeneracional. El criterio que dio lugar a mayor número de exclusiones fue el del número de proveedores; fueron muchos los casos de hogares en los que las madres eran amas de casa exclusivas y sus hijas hoy combinan familia y trabajo. La homogeneidad intergeneracional nos habría de permitir indagar, en primer lugar, si las mujeres tendieron a reproducir los modelos de división del trabajo según género que aprendieron en los hogares en los que se criaron y, por otro lado, en segundo lugar, cuánto se reprodujo intergeneracionalmente el grado de segregación de la división del trabajo (doméstico y paternal) y, en particular, si variaba entre los hogares de las mujeres que salían y los de las que no salían a trabajar.

El primer propósito –acerca de la reproducción individual de los modelos de división del trabajo aprendidos en los hogares de origen– no se pudo cumplir porque el número de casos que se “perdieron” al tratar de lograr un apareamiento de precisión de los hogares fue muy grande, cercano a la mitad. El segundo propósito –acerca de la reproducción social desde una mirada histórica del fenómeno– en cambio, pudo cumplirse por lo que nuestro estudio (pseudo) longitudinal involucra agrupaciones de hogares de dos generaciones, si bien no hogares que comparten el mismo linaje por vía materna. El subconjunto seleccionado comprende 118 unidades, de las cuales 66 son de nivel socioeconómico bajo (38 de uno y 28 de dos proveedores) y 52 de nivel medio (25 de uno y 27 de dos proveedores).

Para propósitos del análisis longitudinal contamos con la información de 42 mujeres de los sectores medios que formaron sus familias alrededor de los '70/'80, son las “protagonistas” de la generación anterior.

2.3 El abordaje transversal: la división del trabajo hogareño hoy

Para responder si la adopción de un segundo rol (productivo) por parte de las mujeres contribuye a que los varones se incluyan más en el mantenimiento de la casa y de los hijos, examinamos, hogar por hogar, si las parejas conyugales que adoptaron el modelo de dos proveedores organizan su reproducción cotidiana y ocasional de una manera más (o menos) equitativa que las que mantienen el modelo patriarcal de un proveedor, con un esposo-padre proveedor económico único y una esposa-madre de tiempo completo. En esta mirada transversal hecha desde las 200 mujeres que entrevistamos en 2002 optamos por privilegiar como indicador el grado de participación de los esposos ya que, en la mayoría de las familias, las mujeres no tienen opción; sea que las ejecuten ellas mismas o que asuman la responsabilidad por que las ejecuten otros (en quienes delegan la limpieza de la casa, el lavado de la ropa, o el baño de los niños)¹⁶, ellas son las *prima donna* de la escena. Los varones, en cambio, han tenido históricamente la “opción” de participar o no y, en caso de hacerlo, en diversos grados. Y en eso están tanto ellas como ellos alentados por las pautas culturales relativas a lo que es esperable y deseable de ambos en la vida social.

Con el propósito de dar una respuesta de mayor contundencia y certeza, comenzamos por concentrarnos en las tareas reproductivas cotidianas y en las tradicionalmente marcadas como femeninas en el cuidado de la casa y de los hijos¹⁷. En segundo lugar, examinamos lo que ocurre con las tareas ocasionales porque entre ellas, en especial en relación a la casa, no así a los hijos, las hay consensual o tradicionalmente marcadas genéricamente como masculinas de modo que una alta participación de los varones no es indicativa de una reestructuración de la división del trabajo por género¹⁸.

El “grado de participación en la reproducción cotidiana” mide la combinación entre el número de tareas y la porción que de cada una de ellas realizan los varones en una escala cuyo rango va de 0,0 (no hace “nada” de ninguna

16. En los hogares de los sectores bajos se delega en los hijos mayores y en los de los sectores medios en el servicio doméstico.

17. Son cotidianas femeninas del cuidado de la casa, mejor dicho, “no masculinas”: cocinar, lavar platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa y planchar. Las equivalentes del cuidado de los hijos son: cambiar pañales, darles de comer, vestirlos y decidir qué ropa habrán de vestir.

18. Son ocasionales del cuidado de la casa: hacer pequeñas reparaciones domésticas (como cambiar cueritos de las canillas, arreglar enchufes, etc.), pagar las cuentas y mantener el auto, quienes lo tienen. Las equivalentes del cuidado de los hijos son: asistir a reuniones en la escuela, hablar con los maestros, llevarlos al médico, comprarles ropa y conocer los nombres de los amigos.

de las actividades) a 4,0 (hace “todo” de todas las actividades domésticas cotidianas).

En casi un cuarto del total de las parejas conyugales (24%) los varones no participan absolutamente nada de ninguna de las tareas cotidianas que demanda el cuidado de la casa; la gran mayoría cercana a tres cuartos (69,5%) de los varones hace menos de un tercio del cuidado de la casa. Quienes más participan son una proporción casi insignificante de los varones (en 6,5% de las parejas conyugales) y esa mayor participación apenas representa hacerse cargo de entre un tercio y la mitad de la totalidad del trabajo cotidiano que requiere llevar adelante la casa, básicamente la alimentación y la limpieza (ver cuadro 1).

La escasa contribución de los varones en el día a día de la casa no varía sustancialmente entre los distintos sectores sociales: 21% de los varones de los hogares de nivel medio no participan nada en ninguna tarea, cifra muy cercana al 27% de los que tampoco hacen nada entre los de nivel bajo. Los hogares en los que los esposos tienen una participación relativa mayor apenas alcanzan al 8% y al 5% respectivamente. Donde sí aparecen algunas diferencias es entre los hogares según la condición de la mujer (trabajadora o ama de casa): la prescindencia total de participación está más extendida (29,3%) entre los esposos que son proveedores únicos que entre aquéllos cuyas esposas salen a trabajar (18,8%). Aunque la diferencia entre ambos tipos de hogar es limitada, da cuenta de una mayor sensibilidad y compromiso de los varones con las tareas reproductivas cuando la esposa (¿con mayor poder de negociación?) también desarrolla una actividad remunerada.

Cuando se trata de los hijos, son menos los varones (8%) en el total de los hogares que no hacen nada de ninguna de las tareas que demanda su sustento cotidiano y son más los que tienen a su cargo entre un tercio y la mitad de todas las tareas (18,5%). Contrariamente a lo que ocurre con las tareas de la casa, aquí las diferencias entre las clases sociales son más marcadas. Los padres de los sectores medios se involucran más en la paternidad, alrededor de un cuarto (27%) se hacen cargo de más de un tercio y hasta de casi la mitad de las tareas cotidianas, lo que contrasta con el 10% de quienes hacen lo mismo en los sectores bajos. El compromiso de los varones con la paternidad en cambio, no es sensible a que las madres salgan o no a trabajar (ver cuadro 1). Como se puede ver en el cuadro 2, el “varón promedio” participa apenas en un décimo de la totalidad del cuidado cotidiano de la casa (0,44) y en cerca de un cuarto (0,79) del cuidado cotidiano de los hijos. Si tomamos en cuenta que la realización total de estas tareas equivale a un puntaje de 4.0 y la realización de la mitad a uno de 2,0, se hace patente cuán baja es esa participación.

CUADRO 1: Estructura de los hogares según el grado de participación de los varones en las actividades cotidianas y ocasionales de la casa y de los hijos, por nivel económico social y número de proveedores. En %.

Grado de participación de los varones, ámbito y tipo de actividades	Total	Nivel económico social		Nº de proveedores	
		Bajo	Medio	Uno	Dos
Cotidianas					
<i>Cuidado de la casa*</i>					
Nada (0,0)	24,0	27,0	21,0	29,3	18,8
Menos de 1/3 (0,1 - 1,2)	69,5	68,0	71,0	64,6	74,3
1/3 y más (1,3 - 2,8)	6,5	5,0	8,0	6,10	6,90
<i>Cuidado de los hijos**</i>					
Nada (0,0)	8,0	13,0	3,0	9,1	6,9
Menos de 1/3 (0,1 - 1,2)	73,5	77,0	70,0	74,7	72,3
1/3 y más (1,3 - 2,4)	18,5	10,0	27,0	16,2	20,8
Ocasionales					
<i>Cuidado de la casa***</i>					
Nada (0,0)	2,5	2,0	3,0	2,0	3,0
Menos de 1/3 (0,1 - 1,2)	7,5	12,0	3,0	8,1	6,9
1/3 y más (1,3 - 4,0)	90,0	86,0	94,0	89,9	90,1
<i>Cuidado de los hijos****</i>					
Nada (0,0)	9,5	14,0	5,0	7,1	11,8
Menos de 1/3 (0,1 - 1,2)	69,5	70,0	69,0	74,7	64,4
1/3 y más (1,3 - 2,8)	21,0	16,0	26,0	18,2	23,8

* Incluye: cocinar, lavar los platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa, planchar y hacer las compras.

** Incluye: cambiar los pañales, darles de comer, bañarlos/se bañen, vestirlos/se vistan, decidir qué ropa se ponen, hacerlos dormir, cepillar los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con deberes, controlar TV y reprimirlos.

*** Incluye: cambiar cueritos, detectar cuándo cambiar cueritos, contratar pintor, pagar las cuentas, cuidar mayores cuando enferman y mantener el auto.

**** Incluye: asistir

El manejo *cotidiano* del hogar diverge del *ocasional*. Son pocos los hogares en los que los varones no se ocupan de algo o mucho de las pequeñas reparaciones de plomería o electricidad que demanda el funcionamiento de la casa, o de contratar un pintor, pagar las cuentas y otras tareas que no requieren ser hechas cotidianamente aunque sí ciertas habilidades “técnicas” o de manejo

de decisiones o de dinero. Como puede verse en el cuadro 1, en el 90% de los hogares los varones realizan entre un tercio y la totalidad de las demandas, con alguna mayor participación en los sectores medios que en los bajos, pero con muy poca diferencia entre los hogares en los que son uno o ambos los sostenes económicos de la familia. Estas tareas son claramente “masculinas”: combinan su carácter de ocasional con el de demandar cierta “calificación”, que se supone más extendida entre los hombres que entre las mujeres.

La situación contrasta con el ejercicio de la paternidad. Si bien en este caso los padres se involucran algo más en tareas como asistir a reuniones escolares, hablar con los maestros de sus hijos, acompañarlos al médico, comprarles ropa o conocer el nombre de sus amigos, que en cambiarles los pañales a los más pequeños, darles de comer, bañarlos, vestirlos, hacer que se cepillen los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes, controlar su consumo de TV o reprenderlos, las diferencias entre la vida cotidiana y la ocasional están mucho menos marcadas que en relación a las demandas de la casa. En términos del “varón promedio” (ver cuadro 2) el grado de participación en la reproducción ocasional de la casa (2,46) es mucho mayor que en la del cuidado de los hijos (0,81). En una escala de 0,0 a 4,0, los padres están claramente a cargo de más de la mitad de las tareas ocasionales de la casa pero por debajo de la mitad de las igualmente ocasionales que involucran a los hijos.

CUADRO 2: Coeficiente de “grado de participación” promedio de los varones en las actividades cotidianas y ocasionales de la casa y de los hijos según nivel económico social y número de proveedores.

Ámbito y tipo de actividades	Nivel bajo		Nivel medio		Nivel		Nº provee- dores		Total
	1prov.	2prov.	1prov.	2prov.	Bajo	Medio	1	2	
<i>Casa</i>									
Cotidianas	0,35	0,47	0,37	0,58	0,41	0,47	0,36	0,53	0,44
Ocasionales	2,58	2,32	2,45	2,50	2,45	2,47	2,52	2,41	2,46
<i>Hijos</i>									
Cotidianas	0,64	0,62	0,96	0,93	0,63	0,95	0,80	0,78	0,79
Ocasionales	0,78	0,72	0,79	0,93	0,75	0,86	0,78	0,83	0,81

En suma, la mirada transversal no presenta un panorama alentador, más bien pone en evidencia que los varones no han hecho hasta el momento cambios equiparables a los esperables en relación a los que hicieron las mujeres. El manejo *cotidiano* de la casa es una empresa de las mujeres de modo

muy generalizado, con alguna participación mayor de ellos (mínima, por cierto) cuando sus esposas salen a trabajar. Si bien el cuidado de los hijos es más una empresa de ambos, y más en los sectores medios que en los bajos, el ejercicio de la paternidad no es más o menos asiduo dependiendo de que las madres salgan o no a trabajar. Ambas circunstancias –la ligada a la situación socioeconómica o a que la provisión económica sea o no una responsabilidad compartida– interactúan: la participación es más equitativa entre los esposos-padres en los hogares de sectores medios de dos proveedores. Por otro lado, el manejo *ocasional* de la casa es más una empresa de los varones, en cambio los cuidados ocasionales de los hijos siguen siendo de las mujeres. En este caso también los varones de los sectores medios cuyas esposas, madres de sus hijos, salen a trabajar, son quienes entran en arreglos más equitativos, tanto en relación a la conyugalidad como a la paternidad, pero aún lejos de lo que es esperable frente a la participación que tantas mujeres adquirieron en el mundo del trabajo extradoméstico.

2.4 *El abordaje transversal: la división del trabajo hogareño ayer*

Mirado en una perspectiva histórica el panorama actual se torna menos pesimista. En los hogares de la generación anterior los varones no contribuían verdaderamente nada o casi nada en las actividades cotidianas de la esfera doméstica. En efecto, en 82% a 100% de los hogares ellos se abstendían de cocinar, lavar los platos, limpiar la casa, lavar la ropa, planchar y hacer las compras. Eran tareas “no masculinas”, lo que no significa que fueran ejecutadas en su totalidad por las mujeres ya que, como dijimos en relación a la actualidad, de muchas de ellas estaban a cargo los hijos (en sectores bajos) y el servicio doméstico (en sectores medios). Los varones sólo se ocupaban de modo exclusivo de mantener el auto, quienes lo tenían, una actividad ocasional. También se ocupaban intensamente, pero sólo en alrededor de la mitad de los hogares, de hacer pequeños arreglos domésticos y de pagar las cuentas. Sus esposas, en cambio, *sólo* dejaban de intervenir en el mantenimiento del auto. Su versatilidad se desplegaba en *todas* las actividades del día a día de la casa, y esto era compartido, en líneas generales, en ambos sectores sociales, bajo y medio.

El “grado de participación en la reproducción cotidiana” ofrece una visión muy contundente. Es significativo cuán sensible tiene que ser el instrumento de medición para detectar aportes infinitesimales. Se necesita una lupa de gran aumento para capturar la modestísima participación de los varones de la generación de los ’70. En efecto, de entre las actividades cotidianas, aquélla en la que más participaban los varones, que era hacer las compras sólo alcanzaba

a 0,6, lo que representa apenas un séptimo de la tarea (en la escala de 0,0 a 4,0). Aunque extremadamente pequeño, es un valor alto en comparación con otras tareas cotidianas como planchar o lavar la ropa en las que la participación masculina era prácticamente nula (0,01). Como ya dijimos, el panorama se invierte cuando se trata de tareas ocasionales. En este caso el grado promedio de participación crece hasta alcanzar valores de 2,0 (pagar las cuentas) a 3,8 (mantener el auto).

A diferencia de lo que sucedía con la casa, en la paternidad-maternidad el ritmo cotidiano u ocasional tampoco entonces presentaba mayores diferencias. Dos tercios de los varones se abstenían de participar tanto en las tareas cotidianas (bañar a los hijos, vestirlos, cepillarles los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes) como en las ocasionales (hablar con los maestros, asistir a reuniones de padres y llevarlos al médico). Las mujeres se ocupaban de ellas, fuera en forma exclusiva o con ayuda de otros actores. Algunas actividades no estaban claramente marcadas como masculinas o femeninas: hacer dormir a los hijos, reprenderlos, comprarles ropa o conocer los nombres de sus amigos. Si bien en alrededor de dos tercios de los hogares estas eran tareas de las que se hacían cargo las madres en su totalidad, no era desdeñable el número de hogares en los que eran compartidas por mitades entre ambos progenitores.

La inclusión de los varones en el cuidado y atención de los niños parece haber ocurrido en un momento más temprano de la historia que en la esfera de la domesticidad. Ya en la generación de los '70 prácticamente no había actividad alguna en relación a los hijos de la que no participaran los varones, mucho más en el establecimiento de normas y hábitos (como reprenderlos o hacerlos dormir) que en actividades de cuidado cotidiano (como vestirlos o bañarlos). Este ejercicio de la paternidad era más frecuente en los hogares de nivel medio que en los de nivel bajo.

El grado de participación de los padres en las tareas del cuidado de los hijos que más rechazaban, como hacerse cargo de vestirlos y bañarlos (0,18 y 0,25) superaba en mucho, en términos relativos, el de planchar, lavar la ropa y limpiar la casa (0,00, 0,02 y 0,03), las tareas del cuidado de la casa más resistidas por los varones. Los valores en la escala muestran, además, que en la generación anterior los varones de nivel medio participaban más que los de nivel bajo en la paternidad. Estas diferencias no se presentan en la domesticidad. En efecto, aún en la actividad a la que más se resisten los padres –vestir a los niños–, el promedio de participación llegaba a 0,34 en el nivel medio, varias veces mayor que en el bajo (0,04), ni que hablar de hacerse cargo de que

se cepillaran los dientes (0,54 vs. 0,38) o de hacerlos dormir (1,15 vs. 0,72) o de conocer los nombres de los amigos (1,20 vs. 0,59).

3. ¿Reproducción o cambio? El abordaje (pseudo) longitudinal

Estamos ahora en condiciones de enfrentar una respuesta al interrogante acerca de en qué medida en los 25 a 30 años que median entre ambas generaciones ha habido reproducción o cambio en el grado de segregación en la división de las tareas domésticas entre ambos cónyuges. O, para decirlo en otros términos, si los varones son hoy más “sensibles” a la equidad en el esfuerzo por llevar adelante la reproducción del hogar cuando sus esposas aportan al presupuesto familiar con su trabajo productivo que cuando no lo hacen. Por otra parte, si las mujeres que participan del esfuerzo productivo son más conscientes de la segregación doméstica y están en mejores condiciones de negociarla con sus esposos. Y, finalmente, si los diversos sectores sociales tienen pautas semejantes o no. Con los cambios de valores, especialmente en cuanto a la posición de las mujeres en la sociedad, y la toma de conciencia más extendida sobre la inequidad de género en la esfera de la reproducción familiar, podría esperarse que la distribución de las tareas entre los principales protagonistas de la administración y gerenciamiento del hogar haya cambiado en las últimas décadas.

Antes de examinar los hallazgos conviene recordar que, como dijimos antes, hicimos la comparación intergeneracional entre los hogares de manera agregada. Además, que forzamos la homogeneidad intergeneracional a lo largo del nivel económico social y del número de proveedores al momento cuando las hijas (de hoy) tenían 11 a 12 años (entonces). Nos concentramos en el subconjunto de 118 hogares que mantenían el mismo nivel económico social y en los que ambos pertenecían a igual modelo en términos del número de proveedores.

Los datos resumidos en el cuadro 3 muestran que la generación actual reproduce las pautas de la anterior y, al mismo tiempo, que se ha producido un cambio apreciable. ¿En qué sentido reproducción y en qué otro sentido cambio?

Comencemos por la reproducción. Tanto antes como ahora el trabajo reproductivo en los hogares está segregado por género, y tanto entonces como ahora, la segregación es mucho mayor en la conyugalidad que en la paternidad. En la primera, casi sin excepciones, había y hay una distinción nítida entre las tareas cotidianas “no masculinas”, ejecutadas principalmente por las

mujeres y/o los hijos o el servicio doméstico, y las ocasionales “no femeninas”, ejecutadas principalmente por los varones, con escasa colaboración de otros que prestaban y prestan servicios remunerados. En la segunda esfera, la del cuidado de los hijos, tanto antes como ahora hay tareas “no masculinas”, pero la presencia de los varones era y es, en general, mucho mayor. Son mucho más frecuentes las (cotidianas u ocasionales) que se comparten por mitades con las esposas.

Hay reproducción no sólo en el total de los hogares, también la hay en los distintos grupos sociales y sin importar si las esposas asumen o no el doble rol. Es decir, tanto en la generación anterior como en la actual, las pautas y valores que predominan y predominaban en diversos sectores sociales y en hogares que responden al modelo de uno o dos proveedores se refuerzan: los hogares en los que los varones participaban y participan más en la conyugalidad y en la paternidad son los de los sectores medios de dos proveedores; ellos parecen ser los más sensibles a la equidad en la pareja por ser, a la vez, más receptivos a las demandas de sus esposas, sujetas al “doble rol” y más proclives a comprometerse en la crianza de los hijos.

Pero dijimos que, además de reproducción de las pautas generales hubo cambio en la organización del mantenimiento *cotidiano* del hogar. En las dos a dos décadas y media entre ambas generaciones los varones aumentaron sustancialmente su contribución al mantenimiento de la casa, no así a la de los hijos. Lo dicho se refiere a la aumentada presencia masculina en una y otra esfera de actividades que, reiteramos, fue mayor en la conyugalidad, lo que no invalida que tanto en la generación pasada como en la de hoy los varones se involucran más como padres que como esposos. Lo mismo se ha encontrado en muchas otras y variadas sociedades. Lo que no se ha encontrado, en cambio, es que los varones hayan aumentado su participación más en la conyugalidad que en la paternidad. Dado que las pautas son diversas en distintos sectores sociales, los resultados pueden ser un producto (espurio) de la falta de control (homogeneidad) del sector social de pertenencia de los hogares de ambas generaciones¹⁹.

En los hogares actuales que estudiamos *no hay* ya tarea alguna, ni ocasional ni cotidiana en la esfera doméstica en la que al menos algunos varones no tengan alguna participación. Ese algo, en general, consiste más frecuentemente en compartir por mitades con sus esposas la realización de las tareas y, en

19. Es lo que nos sucedió en un estudio anterior (Wainerman 2000 y 20002) en el que, por no haber estandarizado los sectores sociales de pertenencia de los hogares de ambas generaciones, encontramos una mayor cambio en la paternidad que en la domesticidad, lo que se invirtió tras imponer la homogeneización a los datos.

pocas ocasiones, en asumirlas en su totalidad. También aquí ambos sectores sociales hicieron un movimiento general, al menos según la información que nos dieron las mujeres sobre sus hogares de origen y sus hogares actuales. La tarea en la que el cambio intergeneracional es mayor es hacer las compras, de la que los varones de la generación pasada se abstendían en 82% de los hogares y en la actualidad se abstienen “sólo” en 50%. Lo notable no es tanto la disminución de los varones “abstencionistas” sino el hecho de que en el 42% de los hogares las esposas la compartan hoy a medias con sus esposos.

Como se resume en el cuadro 3 (página siguiente), en el total de los hogares, el promedio de participación de los varones en las actividades domésticas *cotidianas*, que en la generación anterior era mínima (0,15), aumentó a 0,49, lo que representa 227% de crecimiento, casi nueve veces más de lo que aumentó la participación en la paternidad (27%), de 0,73 a 0,93. Los hogares que experimentaron la mayor transformación intergeneracional fueron los de un solo proveedor, casi por igual en ambos niveles socioeconómicos (340% y 322% en nivel bajo y medio de un único proveedor, respectivamente). Aunque las diferencias porcentuales son notables y marcan la pauta de que los varones de esta generación son más participativos que sus padres, no podemos perder de vista que, en el desenvolvimiento de la vida cotidiana, las contribuciones masculinas siguen siendo muy pequeñas. En la intimidad del hogar, los varones pasaron de no participar casi nada a participar algo, lo cual si bien es auspicioso, no deja por ello de representar una proporción mínima de la carga total del trabajo doméstico que cae principalmente sobre las espaldas de sus esposas.

En cuanto a las tareas ocasionales que demanda el funcionamiento de la casa, la reproducción es total. Las pequeñas reparaciones hogareñas de electricidad, plomería o pintura o el mantenimiento del automóvil fueron y son de dominio masculino casi absoluto. En tareas igualmente ocasionales que requiere el cuidado de los hijos y que en el pasado no eran terreno masculino, la situación cambió hacia una mayor participación compartida de los esposos. Los casos más evidentes tienen que ver con la escolaridad de los hijos –llevarlos a la escuela, hablar con los maestros, asistir a las reuniones escolares o ayudarlos con los deberes– o con su salud –llevarlos al médico–. En este caso aumentó la igualdad y en los hogares de ambos niveles socioeconómicos, bajo y medio.

CUADRO 3: Promedio de participación de los varones en las actividades cotidianas y ocasionales del cuidado de la casa y de los hijos* en los hogares de origen y actuales según nivel económico actual y número de proveedores.

Ámbito y frecuencia de actividades	Nivel Bajo			Nivel medio			Total
	1prov.	2prov	Total	1prov.	2prov	Total	
<i>Hogares de origen</i>							
<i>Casa</i>							
Cotidianas	0,10	0,14	0,12	0,09	0,27	0,18	0,15
Ocasionales	2,35	2,26	2,31	2,55	2,70	2,63	2,45
Total	0,71	0,68	0,70	0,88	1,05	0,97	0,82
Nº hogares	(38)	(28)	(66)	(25)	(27)	(52)	(118)
<i>Hijos</i>							
Cotidianas	0,50	0,58	0,53	0,93	1,04	0,98	0,73
Ocasionales	0,63	0,63	0,63	0,42	0,82	0,63	0,63
Total	0,56	0,61	0,58	0,69	0,91	0,81	0,68
Nº hogares	(38)	(28)	(66)	(25)	(27)	(52)	(118)
<i>Hogares actuales</i>							
<i>Casa</i>							
Cotidianas	0,44	0,54	0,49	0,38	0,59	0,49	0,49
Ocasionales	2,86	2,51	2,68	2,87	2,84	2,85	2,77
Total	1,09	1,07	1,08	1,16	1,33	1,25	1,16
Nº hogares	(50)	(50)	(100)	(49)	(51)	(100)	(200)
<i>Hijos</i>							
Cotidianas	0,75	0,66	0,71	1,20	1,13	1,16	0,93
Ocasionales	0,91	0,78	0,85	0,90	1,05	0,98	0,91
Total	0,82	0,71	0,76	1,07	1,10	1,08	0,92
Nº hogares	(50)	(50)	(100)	(49)	(51)	(100)	(200)

0,00= Hogares en los que los varones no hacen nada de la actividad.

4,00= Hogares en los que los varones hacen todo de la actividad.

* Las actividades de la casa incluidas son: cocinar, lavar los platos, limpiar la casa, lavar la ropa, planchar y hacer las compras (cotidianas); y cambiar cueritos, pagar las cuentas y mantener el auto (ocasionales). Las actividades de los hijos incluidas son: bañarlos, vestirlos, hacerlos dormir, cepillarles los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes y reprenderlos (cotidianas); y asistir a reuniones en la escuela, hablar con los maestros, llevarlos al médico, comprarles ropa y conocer los nombres de sus amigos (ocasionales).

En suma, si bien la generación de las hijas de comienzos del siglo XXI reproduce la de sus madres y padres en cuanto a las abstenciones y preferencias por participar en la atención de los hijos, en términos generales la inequidad disminuyó. La presencia de los varones se incrementó desde los '70 hasta hoy, más en la conyugalidad que en la paternidad y, a grandes rasgos, de modo similar en ambos sectores sociales. No se trata, en modo alguno, de una inversión de roles sino más bien de un notable aumento en la disposición de los esposos a compartir las tareas a medias. Y éste, que es un cambio verdaderamente destacable, se produjo en términos absolutos en ambas esferas y en términos relativos allí donde era menor: más en la conyugalidad que en la paternidad-maternidad. En un contexto donde más y más mujeres asumen responsabilidades laborales, el cambio es auspicioso porque remite a una disminución de la inequidad entre varones y mujeres en el manejo del hogar.

4. La medición de la división del trabajo y del cambio intergeneracional por “protagonistas” y “cronistas”: triangulación de fuentes y de abordajes temporales

Tenemos conciencia de que la validez de los hallazgos (pseudo) longitudinales basados en información recolectada a través de protagonistas de hoy y de cronistas del pasado, recordando desde hoy, está sujeta a la amenaza de dos tipos de factores: el carácter de “informantes” y no de “protagonistas” y la memoria de las personas entrevistadas.

Fuente vital e ineludible de la investigación social, la memoria autobiográfica es también una aliada poco confiable que contribuye sólo de modo parcial a obtener un retrato fidedigno de la realidad (cf. Sudman, Bradburn y Schwartz, 1996).

“La ‘naturaleza de la memoria’ no sólo está compuesta de operaciones de recuerdo sino también de olvidos. La memoria no se opone al olvido: conservación y supresión no son términos contrastantes entre sí e implican una interacción en la memoria” (Todorov, 2000).

La información sobre el pasado obtenida desde el presente es resultado de los hechos que efectivamente sucedieron como de otros hechos o información incorporados a la memoria con posterioridad, además de estar impregnada del discurso que circula en el presente sobre el pasado. Es decir, recordamos un pasado individual sobre un discurso social que se ha creado y ha cristalizado a lo largo del tiempo que media entre aquella realidad pasada y la actualidad y que circula en, y es legitimada por, los medios de comunicación y variados

ámbitos profesionales. Estas hibridaciones que constituyen los recuerdos son inevitables. Lo que sí es evitable es creer que la información que nos dan generosamente los entrevistados y entrevistadas es una fotografía fiel de la realidad que vivieron; es más bien una fotografía obtenida a través de la lente del discurso que domina hoy acerca de cómo eran las cosas en el pasado.

Nuestra postura frente a la operación de la memoria coincide con la de Kovadloff (2002, pág. 373), para quien:

“la memoria, más que un acto evocativo a través del cual traemos lo sucedido al presente, es esencialmente el estado de lo sucedido en el presente. La auténtica memoria evidencia en qué estado espiritual se encuentra lo ocurrido en nuestra constitución actual. El hombre memorioso no evoca, encarna. Basta oírlo hablar, sin evocar, para saber de dónde proviene, es decir, qué ha hecho de él aquello que vivió. Quien proviene de un pasado evidencia el estado de ese pasado en el modo como vive su presente, en las exigencias que tiene para con su actualidad”.

Sea cual sea la sofisticación del análisis estadístico que se aplique a los datos, la calidad de las conclusiones depende de la información utilizada como punto de partida. En nuestro caso, podría sospecharse de la validez de nuestros hallazgos longitudinales basados en información provista 1) en el presente, y 2) por “informantes” (*proxy*) o “cronistas” del pasado y no por “protagonistas” de la generación anterior. Estas informantes, además de no ser “protagonistas”, con seguridad hablaron bajo los efectos distorsionadores de la memoria cuando respondieron por hechos sucedidos en sus propias vidas dos o tres décadas antes. Pero también con seguridad hablaron bajo los efectos del discurso que circula hoy sobre el presente y sobre cómo difiere del pasado en el que crecieron. Estos fenómenos no pueden ser evitados por ninguna investigación sociológica de esta naturaleza.

Conscientes de estas amenazas a la validez de nuestros datos y, por lo tanto, de nuestras conclusiones, buscamos verificar y evaluar esta información mediante “controles cruzados”. Así, además de emplear distintas medidas y procedimientos estadísticos para trabajar los mismos datos y analizar el mismo fenómeno desde lentes diversas (como hicimos), apelamos a fuentes de información independientes para examinar críticamente la información que manejamos, es decir, apelamos a la “triangulación”. Así es que entrevistamos a 42 mujeres de la generación de los ’70/’80. Si bien tienen la ventaja de ser “protagonistas” y no “cronistas” del pasado, también somos conscientes de que sus recuerdos están impregnados del discurso que circula hoy sobre lo que fue el pasado, además de por sus propias percepciones alimentadas por

la comparación entre lo que recuerdan fueron sus hogares y lo que ven en los de sus hijos hoy. A pesar de todo podría conjeturarse que el papel de protagonistas les permitiera una visión más fidedigna de sus realidades que las de las “cronistas”.

Teniendo en cuenta todo lo dicho, recurrimos al diseño descrito en 2.2, incluyendo cinco fuentes de información todas integradas por hogares de los sectores medios y de dos proveedores. Como ya hemos dicho, son los hogares en los que la equidad relativa entre los cónyuges es mayor, los que podrían ser vistos como los líderes del cambio cultural en la temática. Son los que tienen mayor educación formal y que consumen más asiduamente los discursos más modernos en esta, como en otras materias.

En aras de la comparación no sólo restringimos, como ya dijimos, el número de tareas a un total de doce, también restringimos el número y diversidad de los hogares para homogeneizar las cinco poblaciones. La homogeneidad nos habría de permitir indagar con cierto grado de validez no sólo en qué medida se reprodujo intergeneracionalmente el grado de segregación por género de la división del trabajo doméstico y del paternal, sino, además, si esa reproducción era captada de manera similar por las voces de protagonistas y de cronistas. Como ya dijimos, nos concentramos en la participación de los varones y, utilizamos como medida resumen para facilitar la comparación el “grado medio de participación masculina” en actividades ligadas a la domesticidad y a la paternidad, la que, reiteramos, varía entre 0,0 (los varones no hacen “nada” de la tarea en cuestión) a 4,0 (los varones hacen “todo” de la tarea).

En el cuadro 4 volcamos la información de dos fuentes para los hogares actuales y tres para los de la generación pasada. En todos los casos el grado de participación de los varones en tanto padres supera por mucho su participación en cuanto cónyuges. Así ocurre en la actualidad, según información recogida entre mujeres “protagonistas” de hoy, en dos universos con el mismo universo espacial y temporal, el mismo marco conceptual y similar instrumento de recolección de datos, y sólo seis años de distancia.

Así, en el estudio de las 35 parejas relevado en 1996, las mujeres cónyuges –todas de clase media y educación superior universitaria incompleta y más, todas en el mercado de trabajo– informaron que sus cónyuges participaban tres veces más en la crianza de sus hijos que en llevar adelante la casa (1,48 vs, 0,48, de un máximo posible de 4,00). Las 51 mujeres que consultamos en 2002 dieron una visión muy similar: los esposos participan en un grado casi dos veces mayor en la paternidad que en la conyugalidad y en niveles muy similares a los del estudio anterior (1,14 vs. 0,59).

Cuando vamos a la generación anterior, las cronistas entrevistadas en 1996 y en 2002 en relación a sus recuerdos de lo sucedido en sus hogares de origen, también reiteraron la diferente preferencia de los varones por involucrarse (casi cuatro veces más) como padres que como cónyuges (1,39 vs. 0,32 y 1,09 vs. 0,27). Lo mismo hicieron las protagonistas, es decir, las mujeres de 65 a 75 años que consultamos en 2003 acerca de los recuerdos de su propia vida cuando criaban sus familias en los '70/'80 (0,77 vs. 0,08). Si bien las progenitoras de la generación pasada coincidieron en dar evidencias acerca de la preferencia por la paternidad por sobre la domesticidad, el panorama que dieron fue mucho más “pesimista” o “segregado” que el que dieron las cronistas. Según las mujeres de entonces, sus maridos prácticamente no hacían absolutamente nada en la casa.

CUADRO 4: Grado de participación de los varones en las actividades cotidianas* del cuidado de la casa y de los hijos en hogares de nivel medio de la generación actual y de la anterior, según protagonistas y cronistas, y diversos estudios**.

Hogares generación actual y anterior	Casa	Hijos	N
<i>Hogares generación actual</i>			
Protagonistas 1996	0,48	1,48	(35)
Protagonistas 2002	0,59	1,14	(51)
<i>Hogares generación anterior</i>			
Cronistas 1996	0,32	1,39	(15)
Cronistas 2002	0,27	1,09	(27)
Protagonistas circa 1970	0,08	0,77	(21)
<i>Diferencia % actual - anterior</i>			
1996-1996	50%	7%	
2002-2002	119%	5%	
2002-circa 1970	638%	48%	

* Las actividades de la casa incluidas son, para la casa: cocinar, lavar los platos, limpiar la casa, lavar la ropa, planchar y hacer las compras. Las actividades de los hijos incluidas son: bañarlos, vestirlos, hacerlos dormir, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes y reprenderlos.

** La comparación se hizo estandarizando las actividades de la casa y de los hijos indagadas en 1996.

Es imposible saber qué informantes fueron más veraces, o más bien, quiénes dieron un retrato más válido de la realidad, si quienes protagonizaron en carne propia el trabajo hogareño en su papel de cónyuges, o quienes lo observaban desde su lugar de hijas pequeñas. Los casos consultados son pocos (21 protagonistas, y 15 y 27 cronistas del pasado), lo que abre la puerta al efecto de singularidades que, aunque no dejan de estar presentes, tienen un peso mucho menor cuando se consultan grandes números.

Lo que es digno de rescatar es que las cinco poblaciones coinciden en juzgar de modo similar las diferencias entre conyugalidad y paternidad desde el punto de vista de la división del trabajo hogareño entre esposos y esposas.

Cuando se trata de examinar evidencias acerca del cambio intergeneracional en la división del trabajo doméstico en el período de las dos a dos décadas y media durante el que se incrementó notoriamente la concurrencia de las mujeres casadas y unidas al mercado de trabajo, al punto de transformar su composición genérica, las coincidencias son también grandes en cuanto a las tendencias, si bien las magnitudes son diferentes. Tanto cronistas como protagonistas coinciden en que en ese lapso de tiempo la participación de los varones en la conyugalidad creció, haciéndose más equitativa en relación a sus esposas, mientras la participación en la paternidad se mantuvo relativamente alta, sin cambios de magnitud apreciables. La mayor diferencia se observa entre protagonistas y cronistas, mucho más que entre grupos de cronistas. Entre las primeras el aumento de la contribución a la conyugalidad alcanza a sextuplicarse en tanto en las versiones de las cronistas sólo aumentó de 50% a 119%. Los tres conjuntos de informantes coinciden, en cambio, en constatar un escaso aumento en la paternidad, esfera que, como ya dijimos, se mantuvo en términos relativos alta entre los padres antes y ahora.

La menor resistencia a involucrarse en la paternidad, tanto en la generación actual como en la anterior probablemente se deba, entre otras razones, a la penetración del discurso del psicoanálisis que se instaló en la Argentina, especialmente en Buenos Aires, en los años 50 y que se expandió en los 60. Que el desarrollo emocional de los niños requiere de la identificación con una figura masculina, además de una femenina, forma parte de los saberes psicológicos más popularizados. El discurso sobre la equidad de género, sobre la injusta desigualdad de oportunidades de las mujeres, la conciencia de su derecho a tener un lugar y una participación en la sociedad, sea en la economía, en la política o en la educación, y la necesidad de hacer concientes a los varones de su papel en ayudar a conseguirlo a través de compartir responsabilidades hogareñas con sus esposas es más reciente. A partir de los años '80 adquirió una entidad creciente en el país y en el mundo.

Para concluir, las cinco fuentes de datos que utilizamos coinciden en que comparando la situación actual (cuando los hogares de dos proveedores son los dominantes) con la de la generación anterior (cuando el modelo de familia nuclear dominante era la del varón a cargo del trabajo productivo y la mujer a cargo del reproductivo): 1) en el pasado la participación de los varones en las actividades cotidianas del hogar era muy baja, más que en la actualidad; 2) esa baja participación en el pasado lo era mucho más en cuanto al cuidado de la casa que al de los hijos; y 3) en el período que media entre ambas generaciones, la presencia de los maridos en el hogar aumentó, y muchísimo más allí donde su involucración era menor (la casa). Los datos sugieren, entonces, que si de lo que se trata es de conocer tendencias o pautas generales, no mediciones de precisión, es factible utilizar la información provista por informantes proxy cuando no hay acceso a obtenerla de los propios protagonistas en la temática que nos ocupa.

Aceptado: 28 de octubre de 2005.

Bibliografía

- BARRÈRE-MAURISSON, M. A. (1999), *La división familiar del trabajo. La vida doble*, Buenos Aires, Editorial Lumen/Humanitas.
- BLUMBERG, R. L. (1991), "Introduction. The 'Triple Overlap' of Gender Stratification, Economy and the Family", en BLUMBERG, R. L. (comp.), *Gender, Family and Economy. The Triple Overlap*, Newbury Park, Sage Publications.
- COLTRANE, S. (2000), "Research on Household Labor: Modeling and Measuring the Social Embeddedness of Routine Family Work", en *Journal of Family and the Family*, 62.
- DUNN, D. (1997), *Workplace/women's place*, California, Roxbury Publishing Co.
- DURÁN, M. Á. (1988), *De puertas adentro*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- HAAS, L. (1993), "Nurturing fathers and working mothers. Changing gender roles in Sweden", en HOOD, J. (ed.) *Men, Work, and Family*, Newbury Park, Sage Publications.
- HOCHSCHILD, A. R. (1989), *The Second Shift*, New York, Avon Books.
- KOVADLOFF, S. (2002), "La capitalización del pasado", en INVERNIZZI, H. y J. GOCIOI, *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, EUDEBA
- MORRIS, L. (1990), *The Workings of the Household*, Cambridge, Polity Press.
- RAMOS TORRES, R. (1990), *Cronos Divididos. Uso del Tiempo y Desigualdad entre Mujeres y Hombres en España*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- SZINOVACZ, M. (1984), "Changing family roles and interactions", en *Marriage and Family Review*, 7.

- SALLES, V. y TUIRÁN, R. (1997), "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México", en SCHMUKLER, B. (comp.), *Familia y relaciones de género en transformación*, México, The Population Council/Edamex.
- SUDMAN, S.; BRADBURN, N. y SCHWARTZ, N. (1996), *Thinking About Answers: The Application of Cognitive Processes to Survey Methodology*, San Francisco, Jossey Bass.
- SWEET, J.; BUMPASS, L. y VAUGHN, C. (1988), *The design and content of National Survey of Families and Households*, University of Wisconsin-Madison, Center for Demography and Ecology, NSFH Working Paper, n°1.
- TODOROV, T. (2000), *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós.
- WAINERMAN, C. (2002), "Padres y maridos. Los varones en la familia", en WAINERMAN, C. (comp.) *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires: FCE/UNICEF.
- (2005), *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?*, Buenos Aires: Ed. Lumiere, en prensa.
- y BENZA, G. (2002), "La familia actual en la visión de la prensa escrita: Luna y Clarín", en WAINERMAN, C. (coord.), *Familia y trabajo. Prácticas y representaciones*, Cuaderno del CENEP No. 53, Buenos Aires, Centro de Estudios de Población.
- (2000), "División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 15, No. 1.
- y FISCHER, C. (1996), *Encuestas de hogares y familias. Sistematización de la información relevada*, Buenos Aires, CENEP, mimeo.
- WARSHOVSKY LAPIDUS, G. (1988), "The interaction of women's roles in the URSS", en *Women and Work*, Vol. 3.
- ZHANG, X. Ch. y FARLEY, J. (1995), "Gender and the distribution of household work: A comparison of self-reports by female college faculty in the United States and China", en *Journal of Comparative Studies*, Vol. XXVI, No. 2.

cwainerm@udesa.edu.ar

Catalina Wainerman, Lic. en Sociología FFyL, UBA. Doctora en Sociología con Especialización en Metodología de la Investigación y en Psicología Social, Universidad de Cornell.

Directora del Doctorado en Educación de la Escuela de Educación de la Universidad de San Andrés, y docente de Metodología de Investigación, del taller de Tesis, coordinadora del Seminario Permanente de Investigación de la Maestría y del Doctorado de Gestión Educativa. Dirige la Serie de Documentos de Trabajo de la misma Escuela.

Es docente de Metodología de la Investigación y del Taller de Tesis de la Maestría en Administración Pública de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Asesora en cuestiones metodológicas de la Defensa Pública del Poder Judicial de la Provincia del Chubut. Es miembro del Comité Externo de la Unidad Women in Development (WD) del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de una serie de instituciones académicas y profesionales.